

Joseph Ratzinger
BENEDICTO XVI



MIA VIDA

Autobiografía



100XUNO

Mi vida



100XUNO

Joseph Ratzinger

Mi vida

Autobiografía

Traducción de Carlos d'Ors Führer



Título en idioma original: *Aus meinem Leben. Erinnerungen 1927-1977*

© Edizioni San Paolo s.r.l., 1997; del texto de Giuliano Vigini: 2013

© Ediciones Encuentro, S.A. Madrid 1997, 2006, 2013 y la presente, 2023

Traducción de Carlos d'Ors Führer

Traducción del texto «De arzobispo a papa emérito» de Giuliano Vigini:

Fernando Montesinos Pons

Apéndice cortesía de Angelo Scola

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 117

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-144-1

ISBN PDF: 978-84-1339-810-5

Depósito Legal: M-4650-2023

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Nota del editor	7
-----------------------	---

MI VIDA

Infancia entre el Inn y el Salzach	11
Los primeros años escolares en el pueblo de Aschau, a la sombra del «Tercer Reich»	17
Años de bachillerato en Traunstein	25
Servicio militar y prisión	33
En el seminario de Frisinga	43
Estudios de teología en Múnich	49
Ordenación sacerdotal - Labor pastoral - Doctorado	63
El drama de la libre docencia y los años de Frisinga	69
Profesor en Bonn	81
El comienzo del Concilio y el traslado a Münster	87
Münster y Tubinga	99
Los años de Ratisbona	107
Arzobispo de Múnich y Frisinga	119

DE ARZOBISPO A PAPA EMÉRITO.

A cargo de Giuliano Vigini

Las nuevas etapas del ministerio	127
La impronta de un pontificado	133

Los fundamentos espirituales del magisterio	135
La experiencia de la fe	139
La nueva evangelización	143
La emergencia educativa	147
La renovación de la Iglesia.....	154
La unidad de los cristianos y el diálogo interreligioso	161
Conclusión.....	165
A modo de despedida.....	166

APÉNDICE. Entrevista al cardenal Angelo Scola

Indicaciones del magisterio de Benedicto XVI para la misión de la Iglesia en nuestro tiempo.....	171
---	-----

NOTA DEL EDITOR

Con motivo del fallecimiento de Benedicto XVI el 31 de diciembre de 2022, hemos querido ofrecer de nuevo a nuestros lectores su autobiografía. Dado que este texto abarca desde la infancia de Joseph Ratzinger hasta su llamada a Roma por Juan Pablo II, hemos añadido, escrito por Giuliano Vigini, el relato de los años transcurridos en Roma, primero como cardenal, después como Benedicto XVI y finalmente como papa emérito. Además, el lector encontrará como apéndice una entrevista al cardenal Angelo Scola, estrecho colaborador de Benedicto XVI, sobre la importancia de su magisterio para la misión de la Iglesia de nuestro tiempo.

MI VIDA

INFANCIA ENTRE EL INN Y EL SALZACH

No es fácil afirmar cuál es realmente mi patria chica. Mi padre, que era gendarme, debía mudarse con frecuencia de un lugar a otro; así que tuvimos que estar constantemente de traslado. Esta peregrinación continua concluyó en el año 1937 cuando, cumplidos los sesenta años de edad, se jubiló. Nos establecimos entonces en una casa en Hufschlag, junto al Traunstein, que se convirtió en ese momento en nuestro verdadero hogar. El anterior peregrinaje constante quedó reducido a un radio limitado: el que comprende el área del triángulo de tierra entre el Inn y el Salzach, cuyo paisaje e historia impregnaron profundamente mi juventud. Se trata de una tierra de antiguos asentamientos celtas, que después formó parte de la provincia romana de Rezia y que siempre ha permanecido orgullosa de esta doble raíz cultural. Hallazgos arqueológicos célticos nos retrotraen a un pasado lejano y nos unen a la historia del mundo céltico de Galia y Britania. Se conservan todavía fragmentos de calzadas romanas, y no son pocas las localidades que pueden exhibir, con el orgullo de su larga historia, su antiguo nombre latino. El cristianismo llegó a estas tierras antes del período constantiniano traído por soldados romanos y, aunque fue sacudido por los tumultos y disturbios de las invasiones germánicas, se salvaron algunos retazos de creyentes. A estos podemos unir los misioneros llegados de Galia, Irlanda e Inglaterra; algunos creen descubrir también influencias bizantinas. Salzburgo —la *Iuvavum*

romana— se convirtió en una metrópolis cristiana que modeló la historia cultural de esta tierra hasta la era napoleónica. Virgilio, el extraordinariamente indómito y obstinado obispo, se convirtió en una figura determinante. Más importante todavía es la figura de Ruperto, venido de la Galia, cuya veneración se mantiene aún más viva que la de Corbiniano, fundador de la diócesis de Frisinga, puesto que solo tras las revueltas del período napoleónico pudo unirse esta tierra a la nueva diócesis de Múnich y Frisinga. Obviamente, al recordar la antigua historia cristiana de esta zona, no podemos dejar de mencionar la figura del anglosajón Bonifacio, al que corresponde el mérito de ser el creador de la organización eclesiástica en el territorio bávaro de aquel entonces.

Nací el 16 de abril de 1927, Sábado Santo, en Marktl, junto al Inn. El hecho de que el día de mi nacimiento fuera el último de la Semana Santa y fuese la víspera de la noche de Pascua de Resurrección ha sido frecuentemente recordado por mi familia; y más aún que fuese bautizado al día siguiente de mi nacimiento, con el agua apenas bendecida de la noche pascual —que entonces se celebraba por la mañana—; ser el primer bautizado con la nueva agua se consideraba como un importante signo premonitorio. Siempre ha sido muy grato para mí el hecho de que, de este modo, mi vida estuviese ya desde un principio inmersa en el misterio pascual, lo que no podía ser más que un signo de bendición. Indudablemente no era el domingo de Pascua, sino exactamente el Sábado Santo. No obstante, cuanto más lo pienso, tanto más me parece la característica esencial de nuestra existencia humana: esperar todavía la Pascua y no estar aún en la luz plena, pero encaminarnos confiadamente hacia ella.

Dado que, a los dos años de mi nacimiento, en 1929, tuvimos que abandonar ya Marktl, no conservo ningún recuerdo propio del lugar, solo lo que mis padres y mis hermanos me contaron. Me hablaron de la nieve alta y del punzante frío en el día de mi nacimiento, tanto que mis dos hermanos mayores, con gran pesar suyo, no pudieron asistir a mi bautizo por el riesgo de coger un resfriado. Aquel período

transcurrido por mi familia en Marktl no fue ni mucho menos una etapa fácil: dominaba el paro, las indemnizaciones de guerra gravaban la economía alemana, la lucha de partidos enfrentaba los unos a los otros, las enfermedades causaban estragos en nuestra familia. Pero quedan también muy bellos recuerdos de amistad y de ayuda mutua, de pequeñas fiestas en familia y de vida eclesial. No puedo olvidarme de señalar que Marktl se encuentra muy cerca de Altötting, el antiguo y venerable santuario mariano sobresaliente ya en la época carolingia, que a partir de la Edad Media tardía se convirtió en un lugar de grandes peregrinaciones hacia Baviera y la Austria occidental. Precisamente en aquellos años, Altötting empezaba a recobrar un nuevo esplendor: Conrado de Parzham, el santo hermano portero, fue beatificado primero y después canonizado. En este hombre humilde y bondadoso veíamos nosotros encarnado lo mejor de nuestra gente, guiada por la fe en la realización de sus más bellas posibilidades. Más tarde, he reflexionado a menudo sobre esta extraordinaria circunstancia por la cual la Iglesia, en el siglo del progreso y de la fe en las ciencias, se ha visto representada en lo mejor de sí misma en personas muy sencillas como Bernadette de Lourdes o, concretamente, en el hermano Conrado, a los que apenas parecen afectarles las corrientes de la historia: ¿es tal vez esto una señal de que la Iglesia ha perdido su capacidad de incidir en la cultura y solo consigue tomar asiento fuera del auténtico flujo de la historia? ¿O es un signo de que la capacidad de acoger con inmediatez lo que en verdad importa se da todavía hoy a los más pequeños, a quienes se les ha concedido una mirada que, en cambio, tan a menudo les falta a los «sabios e inteligentes» (cf. Mt 11,25)? Estoy efectivamente convencido de que estos «pequeños» santos son precisamente una gran señal para nuestro tiempo: un tiempo que me conmueve tanto más profundamente cuanto más vivo en él y con él.

Pero volvamos a mi infancia. La segunda etapa de nuestro peregrinaje fue Tittmoning, la pequeña ciudad sobre el Salzach, cuyo puente forma al mismo tiempo frontera con Austria. Tittmoning,

cuya arquitectura es tan marcadamente salzburguesa, ha permanecido como el país de los sueños de mi infancia. Veo todavía la plaza de la ciudad, en su mayestática grandeza, con sus nobles fuentes, delimitada por las puertas de Laufen y de Burghausen, y totalmente rodeada por antiguas y soberbias casas burguesas: una plaza que haría honor a cualquier gran ciudad. Sobre todo los escaparates iluminados de las tiendas en el período navideño han quedado grabados en mi memoria como una maravillosa promesa. En Tittmoning, en la época de la Guerra de los Treinta Años, Bartolomeo Holzhauser había redactado por escrito sus visiones apocalípticas. Pero su mérito principal fue el haber continuado y renovado la vida comunitaria del clero secular, según una idea que se remonta a Eusebio di Vercelli y a san Agustín. Permanecían todavía los títulos del capítulo canónico fundado por él en la pequeña ciudad sobre el Salzach: el párroco era llamado decano y los coadjutores canónicos. Como conviene a una iglesia canonical, el Santísimo era conservado en una capilla sacramental propia y no en el tabernáculo del altar mayor. Por eso teníamos la impresión de que nuestra pequeña ciudad poseía a todas luces algo verdaderamente especial: también la iglesia parroquial se alzaba alta, como un pequeño castillo, por encima de la ciudad. Pero lo que más amábamos sobre todo era la hermosa y antigua iglesia monacal barroca, que antaño había pertenecido a los canónicos agustinos y que entonces estaba al cuidado amoroso de las Damas Inglesas. En los antiguos edificios monásticos se encontraban la Escuela de Señoritas y el entonces Instituto para la Formación del Niño, llamado «Jardín de Infancia». Ha quedado particularmente grabado en mi memoria el recuerdo del «Santo Sepulcro», con muchas flores y luces de colores, que se erigía entre el Viernes Santo y el Domingo de Pascua y que nos ayudaba a sentir próximo el misterio de la Muerte y la Resurrección, a percibirlo con nuestros sentidos internos y externos, mucho antes que cualquier intento de comprensión racional.

Con todo esto, estoy plenamente convencido de no haber agotado todas las peculiaridades que hacían tan querida nuestra ciudad y de las

cuales estábamos tan orgullosos. Subiendo por la colina que se alzaba sobre el valle del Salzach, se llegaba a la capilla de Ponlach, un querido santuario barroco, totalmente rodeado de bosque; cerca susurran todavía, descendiendo hacia el valle, las claras aguas del Ponlach. Con frecuencia íbamos en peregrinación los tres hermanos con nuestra madre hasta allí y disfrutábamos de la paz que reina en ese lugar. Y no puedo olvidar mencionar también, claro está, la potente mole de la fortaleza que se eleva sobre la ciudad y que nos habla de su pasada grandeza. El edificio de la gendarmería y nuestra vivienda estaban unidos y era una de las casas más bellas construidas en la plaza mayor de la ciudad; durante un tiempo había pertenecido al Capítulo de los canónigos. Por cierto que la belleza de la fachada no garantiza que una vivienda sea confortable. El pavimento era penoso, las escaleras empinadas y las habitaciones asimétricas. La cocina y las habitaciones eran estrechas, pero, en compensación, el dormitorio estaba situado en la antigua Sala Capitular, lo que, por otro lado, no resultaba realmente cómodo. Para nosotros, niños, todo esto era absolutamente misterioso y excitante, pero para mi madre, sobre la cual recaía el peso de las labores domésticas, era motivo de gran fatiga. Por eso, a ella le alegraba mucho más que a nosotros salir a dar un paseo juntos. Estábamos a pocos pasos de la vecina Austria. Era un sentimiento único encontrarse, en pocos metros, «en el extranjero», donde, no obstante, se hablaba la misma lengua y, con pequeñas diferencias, también el mismo dialecto que hablábamos nosotros. En otoño buscábamos en los campos la lechuga silvestre y, sobre los prados alrededor del Salzach, bajo la dirección de mi madre, diversas cosas útiles para nuestro querido Portal de Belén. Entre nuestros más bellos recuerdos se encuentran las visitas que hacíamos a una anciana señora durante los días de Navidad: su Belén era tan grande que llenaba casi la casa entera. Me viene también a la memoria la buhardilla donde un amigo organizaba para nosotros un teatrillo de marionetas, cuyas figuras hacían volar nuestra fantasía.

A pesar de todo, percibíamos que nuestro apacible mundo infantil no era precisamente lo que podíamos considerar un paraíso. Tras

aquellas hermosas fachadas se escondía una gran pobreza. La crisis económica había afectado muy seriamente a nuestra pequeña ciudad fronteriza, olvidada por el progreso. El clima político se intensificaba de un modo creciente. Aunque no comprendía del todo lo que en aquellos tiempos estaba sucediendo, en mi memoria han permanecido claramente impresos los llamativos carteles electorales y las constantes luchas políticas a que hacían referencia. La incapacidad de la república de entonces de garantizar la estabilidad política y de tomar iniciativas políticas convincentes era más que evidente en esta exasperante lucha de partidos, perceptible incluso para un niño. El partido nazi era el que jugaba su papel con más fuerza, presentándose como la única alternativa clara en el caos reinante. Cuando Hitler fracasó en su intento de ser elegido a la presidencia del Reich, mi padre y mi madre se sintieron algo más tranquilos, pero no eran demasiado entusiastas del presidente electo Hindenburg, porque no veían en él ninguna garantía segura contra el avance de los camisas pardas. En las reuniones públicas mi padre debía intervenir siempre más de lo deseable contra la violencia de los nazis. Percibíamos con mucha claridad la enorme preocupación que le embargaba y que no era capaz de quitarse de encima ni siquiera en los pequeños gestos cotidianos.

LOS PRIMEROS AÑOS ESCOLARES EN EL PUEBLO DE ASCHAU, A LA SOMBRA DEL «TERCER REICH»

A finales de 1932 mi padre decidió que nos trasladáramos nuevamente de lugar, puesto que en Tittmoning se había arriesgado demasiado contra los nazis. En diciembre, poco antes de Navidad, nos instalamos en nuestro nuevo hogar de Aschau junto al Inn, un próspero pueblo campesino con grandes y vistosas granjas. Mi madre quedó agradablemente sorprendida de la nueva y preciosa casa que nos correspondió. Un agricultor había construido una pequeña casa de campo con terraza y balcones que, para los criterios de entonces, era muy moderna, alquilándola después a la gendarmería. La oficina y la vivienda del segundo gendarme estaban situadas en la planta baja. Para nosotros estaba destinado el primer piso, el cual era un confortable hogar. Formaba parte de la casa un pequeño jardín delantero con un bello crucifijo que daba al camino y un gran prado en el que había un estanque con carpas, donde yo una vez, mientras jugaba, estuve a punto de ahogarme. En medio de la aldea, como es frecuente en Baviera, había una gran fábrica de cerveza. La cervecería de la fábrica era el punto de encuentro de los hombres todos los domingos; la verdadera plaza del pueblo se encontraba al otro lado de la aldea, con otra gran cervecería, la iglesia y la escuela.

Naturalmente, para nosotros, niños, faltaba la grandiosidad de la pequeña ciudad de la que habíamos venido y de la que estábamos tan orgullosos. La graciosa iglesita neogótica del pueblo no podía resistir

la comparación con la que estábamos habituados en Tittmoning. Las tiendas eran sencillas y el dialecto demasiado rudo, de tal modo que al principio no entendíamos algunas palabras. No obstante, muy pronto empezamos a amar a nuestro pueblo y a valorar sus bellezas propias. Pero nos cayó encima la gran historia. Habíamos llegado allí en diciembre de 1932 y ya el 30 de enero de 1933 Hindenburg confió a Hitler el cargo de canciller del Reich; lo que en el lenguaje del partido nazi se llamó «toma del poder», lo fue efectivamente. Se practicó la fuerza del poder desde el primer momento. No recuerdo nada de aquel día lluvioso, pero mis hermanos me han contado que la escuela tuvo que realizar una marcha a través del pueblo que se convirtió en un zapateo sobre el barro y bajo la lluvia y que no despertó entusiasmo alguno. De todos modos, siempre había habido en el pueblo nazis declarados y nazis ocultos. Todos ellos vieron que por fin sus días habían llegado y que de repente podían sacar, para terror de muchos, sus oscuros uniformes del armario. Fueron implantadas la «Hitlerjugend» (Juventudes hitlerianas) y la «Bund deutscher Mädchen» (Liga de muchachas alemanas), asociadas a la escuela, de tal modo que mi hermano y mi hermana tuvieron que tomar parte en sus manifestaciones. Mi padre sufría mucho por el hecho de estar al servicio de un poder estatal a cuyos representantes consideraba unos criminales, si bien, gracias a Dios, en aquel tiempo su trabajo en el pueblo apenas se vio afectado. En los cuatro años que nosotros pasamos en Aschau, por lo que puedo recordar, el nuevo régimen se dedicó solo a espiar y tener bajo control a los sacerdotes que tenían una conducta «hostil al Reich»; se comprende fácilmente que mi padre no solo no colaboró en ello, sino que, por el contrario, protegió y ayudó a los sacerdotes que sabía que corrían peligro.

Por lo demás, el nacionalsocialismo solo pudo cambiar la vida de la pequeña aldea muy lentamente. Al principio, el maestro, como es costumbre en Baviera, siguió ejerciendo de organista y director del coro de la iglesia y continuó dando las clases de Biblia, mientras el catecismo le correspondía al párroco. Al principio parecía que esto

podía ser garantizado por el Concordato, pero bien pronto se pudo comprobar que para los nuevos patrones la fidelidad a los convenios no contaba para nada. Primero se produjo la lucha contra la escuela confesional: hacía falta liquidar el todavía existente vínculo entre Iglesia y escuela y que el fundamento espiritual de esta última no fuera la fe cristiana, sino la ideología del Führer. Los obispos llevaron a cabo con dureza la lucha en defensa de la escuela confesional, la lucha por la observancia del Concordato: han quedado muy grabadas en mi memoria las cartas pastorales sobre este asunto que el párroco leía durante las celebraciones dominicales. Ya entonces empecé a darme cuenta de que con la lucha en defensa de las instituciones desconocían en parte la realidad. Porque, en efecto, la sola garantía institucional no sirve para nada, si no existen las personas que la sostengan con sus propias convicciones personales. Esto, por el contrario, se daba solo en parte; ciertamente, entre los profesores más ancianos y también entre los más jóvenes, había algunos que estaban profundamente convencidos y eran conscientes de su fe, para los que la fe cristiana era el más auténtico fundamento de nuestra cultura y, por ello, también de su labor de educadores. Pero entre los docentes más viejos había un resentimiento anticlerical que, si se piensa en la vigilancia que el clero ejercía entonces sobre la escuela, no estaba falto de razón. En las jóvenes generaciones había nazis convencidos. Tanto en un caso como en otro, la insistencia sobre las garantías institucionales del cristianismo caía en el vacío. Los profesores que tuve durante mi período escolar de cuatro años en Aschau no eran ciertamente unos cristianos convencidos, pero trataban de mantener las distancias con el nuevo movimiento. Dado que la iglesia era el centro del pueblo, no solo arquitectónicamente sino sobre todo en el modo de sentir y vivir de la gente, hubiera sido poco prudente ponerse demasiado en contra de ella: al nuevo régimen esto solo le hubiera procurado enemigos.

Había un joven profesor —hombre de mucho talento— que estaba entusiasmado con las nuevas ideas. Intentó abrir una brecha en la estable unión de la vida de la aldea, toda ella impregnada por los